

¡EDUQUEMOS A CADA NIÑO DE MANERA ESPECIAL!

OLGA FRANCO GARCÍA

Cuando un niño nace, lo hace en una etapa histórica determinada y, por tanto, nace rodeado por un cúmulo de objetos materiales y espirituales culturalmente determinados; es decir, el mundo que lo circunda, el suyo, el más específico, está condicionado por la cultura de su medio más cercano, por las condiciones de vida y educación en las cuales vive, y se desarrolla.

Este medio social en el que ve la luz el niño, no es abstracto, ni metafísico; no es una simple condición externa, sino una verdadera fuente para el desarrollo del hombre, puesto que en él están contenidos todos los valores y capacidades materiales y espirituales del género humano que el niño ha de hacer suyas en el proceso de desarrollo.

El proceso de apropiación de esta cultura es factor esencial en su desarrollo, por lo que hay que concebirlo no como algo en el que el niño es un simple receptor, sino como un proceso en el cual la actividad del sujeto resulta indispensable. Así, el niño no solo interactúa con los objetos materiales y culturales sino que se sumerge en un mundo de interrelaciones activas con los sujetos que le rodean: adultos y coetáneos.

De ahí que resulten, muy importantes las actividades que el niño realiza, las interrelaciones y la comunicación que establece con los otros, como vía esencial para su formación.

El adulto, como portador, mediador, de las formas de acción que el niño ha de realizar, adquiere pues un papel esencial, hasta tal punto que no pudiéramos pensar en la posible apropiación del niño de la cultura por sí mismo - aun con la

existencia de los objetos culturales, materiales y espirituales en los cuales dicha cultura se concreta - sin el adulto, sin su presencia y su acción, orientadoras.

La más valiosa información puede estar al alcance de los niños en los libros, en los carteles, en las revistas, pero este logro cultural permanecería ajeno al niño si en él no se logra el proceso de leer como vía de acceso a la cultura, para lo cual resulta indispensable la acción conjunta con los adultos, mediante la cual se dominan las acciones de leer y en ese proceso se desarrollan al mismo tiempo las capacidades intelectuales.

La teoría general del desarrollo infantil lo concibe como un proceso dialéctico del surgimiento y solución de contradicciones. Estas contradicciones se dan, entre lo que el niño ya ha adquirido, lo que ya posee, sus posibilidades reales y sus necesidades, aspiraciones y las nuevas exigencias sociales que ante él se plantean.

Dicha contradicción se resuelven dentro de las actividades e interrelaciones que el niño realiza o establece. A veces, estas contradicciones resultan sencillas y se solucionan dentro del marco de un mismo período, pero otras veces, se hacen más complejas y su solución tiene mayor alcance, lo que determina el paso de un período del desarrollo a otro. Dichas contradicciones se hacen críticas solamente cuando en el proceso de orientación educativa del niño no se tienen en cuenta y no se realiza su adecuada solución.

En correspondencia con la concepción general de esta teoría y sus categorías esenciales en una integridad de acción, se plantea la hipótesis de la situación social del desarrollo, entendida como una combinación especial de los procesos internos y las condiciones externas para cada momento concreto.

L.S. Vigotsky planteaba para la unidad del análisis de esta situación social del desarrollo, la vivencia como forma de interacción del sujeto con el medio, en la que se entrelazan lo afectivo y lo cognitivo.

En esta concepción del desarrollo de la personalidad, se pone de manifiesto el papel relevante que desempeñan la enseñanza y la educación.

Actualmente la educación y la pedagogía viven un significativo proceso de transformaciones. Hoy las concepciones educativas han adquirido un mayor enfoque humanista, por lo que el niño y su desarrollo constituyen el centro y razón de ser primordial de la labor pedagógica en cualquier nivel educacional.

De acuerdo con lo que se señala arriba, al educando ya no se le puede ver, como antes: como simple receptor, como una “*tábula rasa*” siempre preparada para que se impriman en ella los conocimientos y las experiencias “que solo posee el educador”.

En nuestros días, ya el niño no es el ser pasivo que recibe lo que le dice el maestro sin tomar parte activa en esa adquisición; o el que solo ve y recibe por medio de los órganos sensoriales las informaciones que le transmiten.

En la organización del proceso educativo se debe considerar, en primer lugar, al que se educa, lo cual significa focalizar las condiciones individuales del niño, y la organización de las condiciones en que transcurre su educación y desarrollo.

El pequeño preescolar de estos tiempos es un niño que pregunta, que se cuestiona el mundo que lo rodea, que quiere saber muchas cosas, que tiene curiosidad, que puede llegar a ser creativo, que puede y quiere descubrir tantas cosas para él todavía incomprensibles, por lo que debemos verlo con otro prisma. Tiene que ser comprendido como un ente dinámico, que no está totalmente “vacío” de nociones y vivencias, sino como alguien que puede participar

activamente en su propia educación y formación. En definitiva, un niño que no tiene nada que ver con aquel de otros tiempos.

Ahora bien, es preciso reconocer, además - oponiéndonos a aquellas teorías donde se da como absoluto que el niño es el único protagonista de su aprendizaje, en las que se asegura que aprende solo - el necesario protagonismo del educador, de su papel rector en el proceso educativo, sin que esto signifique el desconocimiento del rol activo que desempeñan los pequeños.

El educador preescolar conduce, guía promueve, enriquece el desarrollo de cada uno de los niños a su cargo - si está preparado de manera óptima – les brinda una atención educativa personalizada, diferenciada, donde es una exigencia que no puede soslayar, la búsqueda nuevos recursos pedagógicos para abarcar y darle la educación requerida a cada uno de ellos, a partir de sus necesidades e intereses, para conducirlos hacia el pleno desarrollo de todas sus potencialidades y prepararlos para asimilar los nuevos retos que para él representa el ingreso a la escuela primaria.

Esto no se concreta a posibilitar en los niños y niñas la simple asimilación de determinados contenidos, sino que también es necesario que se influya en el hábito de trabajar activamente y de forma creadora, de economizar el tiempo y la energía en el proceso, de pensar en lo que se va a hacer antes de llevarlo a cabo, de aprender a dosificar las propias fuerzas, que aún en el caso de los niños y niñas de tan temprana edad se pueden desarrollar mediante el uso de métodos efectivos que se basan fundamentalmente en las particularidades de su desarrollo y de las condiciones que propician de mejor manera su proceso educativo, como puede ser el uso del juego como actividad principal y recurso metodológico básico en dicho proceso educativo.

Deberá lograr que el niño de estas edades halle por sí mismo las relaciones esenciales, pero con su ayuda incuestionable como educador, y con la ayuda de los otros adultos con los que el pequeño se relaciona.

Estas ideas nos conducen irreversiblemente a la conclusión de que ambos, tanto el educando como el educador son protagonistas del proceso educativo. Si se quisiera sustituir algunos de esos roles, se puede afectar en mayor o menor medida el carácter desarrollador de dicho proceso.

Al propio tiempo, es preciso resaltar el extraordinario valor que se le concede al grupo de niños en el desarrollo de la personalidad, a la socialización, a la interacción con sus coetáneos, que también son portadores de ricas experiencias socio - histórico – culturales muy concretas; poseedores de otras nociones, otros recursos, que pueden compartirlos y enriquecerlos, mutuamente.

Y, como parte de estas necesarias reflexiones introductorias, no podemos obviar un principio pedagógico, muy directamente relacionado con el tema de este material. Me refiero a que todos los niños pueden aprender y desarrollarse, aunque cada uno de ellos es diferente, cada niño tiene su propio ritmo, sus necesidades, sus intereses propios y específicos.

De ahí que al arribar a la Educación Preescolar, en cualesquiera de las modalidades en que esta se realice, cada pequeño lo hará con distintos antecedentes, con una historia particular, lo cual matizará la manera en que ha de aprender, que será diferente también.

Querer educar mediante el trabajo frontal con el grupo de niños; pretender ofrecer igual tratamiento a niños con diferentes niveles de desarrollo de las habilidades, con distintos intereses, con desiguales necesidades, sin dar la atención efectiva diferenciada y personalizada que cada uno necesita, sería tremendamente injusto, discriminatorio y tendría un enorme efecto segregacionista.

No se trata de una educación estrictamente individualizada, sin embargo, son imprescindible métodos y procedimientos basados en la realidad del grupo y de las diferencias de los niños que lo integran..

¿CÓMO TIENE QUE SER Y ACTUAR NUESTRO EDUCADOR PREESCOLAR EN ESTAS CIRCUNSTANCIAS?

A partir de esta posición, el proceso educativo adquiere una dimensión desarrolladora y educativa y se corresponde con una concepción del desarrollo como el resultado de la apropiación de la experiencia histórico – cultural (L. Vigotsky y seguidores) en un momento determinado y en las condiciones concretas y particulares en las que el proceso de formación de la personalidad se produce.

Para los educadores en condiciones de educación institucionalizada o no, esta posición puede calificarse como optimista y responsable.

- ☞ **Optimista**, porque pone al educador en posición de ser factor promotor del desarrollo infantil y porque este confía en las potencialidades de sus educandos, cree en ellos y,

- ☞ **Responsable**, porque el producto, visto en el desarrollo de su grupo de niños y en cada uno en particular, no es algo que pueda deberse a la naturaleza, al propio niño y sus condiciones hereditarias, (las cuales no dejan de tenerse en consideración, sino que se asumen solamente como premisas necesarias, aunque no suficientes)

De tal forma, el educador asume la responsabilidad de guiar el proceso de educación, lo que equivale a promover su desarrollo hacia niveles superiores. Se concibe de este modo el proceso educativo, como fuerza que impulsa, que mueve

el desarrollo en la medida en que contribuye, no solo a vencer con éxito las contradicciones que surgen en la vida del individuo, sino también como algo que constituye una fuente para el surgimiento de nuevas contradicciones.

Por tales motivos, cuando caracterizamos al educador preescolar, nos referimos con objetividad a las capacidades y cualidades que particularizan a este profesional que tiene a su cargo la educación de los miembros más pequeños de la sociedad: los niños desde que nacen hasta los 6 años.

Este profesional, por supuesto, tiene la obligación de saber, ante todo, qué es un niño, y al mismo tiempo, poseer suficiente motivación por educarlos; gustar de relacionarse y comunicarse con ellos; saber amarlos profundamente, tal como son, con sus similitudes y con sus diferencias, que siempre serán numerosas.

Por ello, tiene obligatoriamente que conocer las particularidades fisiológicas y psicológicas que distinguen el proceso de desarrollo de los pequeños en cada período evolutivo, pero, imprescindiblemente, debe conocer cómo es cada niño individualmente, cuál es su historia cultural y social, cuáles son sus limitaciones, cuáles sus potencialidades, lo que implica, sin lugar a dudas, una óptima preparación de este especialista.

Caracterizar y valorar el desarrollo alcanzado por cada niño en particular así como saber organizar, planificar y dirigir su acción educativa, en función de cada uno de ellos, a partir de una concepción desarrolladora del proceso educativo que dirige, es tarea insoslayable del educador preescolar, de manera que pueda prepararlos para la vida, para la escuela, para la sociedad, en el más amplio sentido, sin segregar, sin discriminar, sin dejar alguno fuera de su alcance.

Lo esencial en este proceso consiste en que el educador preescolar dé respuestas personalizadas a las necesidades educativas de los niños preescolares mediante los más diversos métodos, vías y medios.

Deberá ser un educador que sepa exactamente cuándo un método no es el apropiado con determinado niño, aunque lo haya empleado exitosamente con otros; que sepa reorientar su actuar pedagógico ante la diversidad educativa de su grupo y ofrezca orientaciones a la familia, la comunidad y otros agentes, con el propósito de unificar criterios educativos, con el fin de lograr que todo el entorno que rodea a los niños favorezca su educación y desarrollo.

Y algo muy importante, un educador que sea capaz de situarse a la altura de los niños, disfrutar con ellos y hacerlos vivir plenamente la alegría, la fantasía y toda la maravilla que encierra esta edad y que sepa aprovechar en toda su dimensión, las posibilidades que brindan el juego, la música, el canto, la danza, los movimientos y la literatura infantil y mediante ellos, según las preferencias de sus pequeños, haga uso de dichos recursos muy valiosos en esta edad.

En fin, al dirigir el proceso de educación y desarrollo de los niños de 0 a 6 años los considerará como el centro de toda su actividad, a partir del fin, los objetivos y principios de la Educación Preescolar, manteniendo como divisa de primer orden, la comprensión de la trascendencia de esta etapa en el desarrollo ulterior de la personalidad de las nuevas generaciones, armado de elevados valores para formar hombres y mujeres activos, independientes y personas de bien en cualquier circunstancia.

A propósito, de esta aseveración, nos viene a la memoria algo expresado en su tiempo por un eminente pedagogo:

“Debemos tener presente que el fin último de la educación no es la perfección en las tareas de la escuela, sino la preparación para la vida, no

la adquisición de hábitos de obediencia ciega y de diligencia prescrita, sino una preparación para la acción independiente”¹

El educador preescolar, atendiendo a todo lo anteriormente expresado, tiene que pensar, organizar y conducir el proceso educativo con una clara concepción de cómo aprenden sus niños, qué potencialidades tiene cada uno, con el conocimiento pleno de en qué medio se desenvuelven, cómo viven, qué hace la familia por su educación, cuáles son las ventajas y cuáles las desventajas de sus educandos.

Todos sabemos que existen diferencias en el contexto social, por tanto, algunos niños vivirán en casas más amplias, donde tienen espacio para tener sus juguetes, donde pueden invitar a otros niños para jugar, mientras otros viven en pequeños apartamentos, en pisos altos, donde esto se hace más difícil.

También sabemos que existen hogares donde el nivel cultural de los padres y de otros miembros de la familia es propiciador de un ambiente donde la educación, las normas, los hábitos, los horarios, se van estableciendo de generación en generación y la formación de la conducta correcta es algo natural en esa familia.

Sin embargo, lamentablemente hay familias en las que no se respetan mucho esas reglas educativas y, por ejemplo, los niños están despiertos hasta altas horas de la noche, se alimentan desorganizadamente, se ven obligados a escuchar la música con un elevado volumen, se habla en voz alta en casi todos los momentos, ambientes donde se vive en un clima de violencia verbal o de otra índole, constantemente, por poner solo algunos ejemplos.

¹ Pestalozzi, J. E. Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. – México : Ed. Porrúa, S.A, 1986.Pag. 180

A partir de lo expuesto anteriormente, podemos asegurar que un educador preescolar puede tener bajo su responsabilidad diariamente, a niños más estimulados intelectualmente y otros menos estimulados; niños que han recibido mayor afecto que otros y niños cuyo contexto social es menos propiciador de afecto; niños que han dormido las horas requeridas y se han alimentado correctamente y en los momentos adecuados o que han jugado y se han relacionado con los compañeritos de su entorno y, otros, que no han podido hacerlo; niños estables, sedados, y otros más inquietos y hasta agresivos. En fin, la diversidad es la que predomina, como regla.

Dentro de esos grupos están los niños que presentan desventajas y limitaciones, que pueden ser socioculturales, anatómicas, fisiológicas o del desarrollo psíquico, producidas por el medio en que viven, por la desatención, por el abandono.

Hay niños tímidos, con baja autoestima, con dificultad para expresar sus propios sentimientos y emociones; niños con carencia de contactos comunicativos afectivos. Estos requieren de ayudas especiales en el contexto educativo, pues pueden presentar dificultades en el aprendizaje, en la educación en general y en su desarrollo integral.

Otros niños, considerados también dentro de este concepto de diversidad, son aquellos que pudiéramos llamar “más inteligentes”, que aprenden con mayor facilidad, que están bien estimulados, que viven en un ambiente de correctas relaciones interpersonales y donde los contactos comunicativos, favorecen el desarrollo de sus formaciones psicológicas.

En estos casos, su educación también requiere de recursos y ayudas especiales que garanticen la satisfacción de sus necesidades y los conduzcan a niveles superiores en el desarrollo.

Por todo lo anterior, el educador debe considerar el trabajo que tiene que realizar durante el proceso educativo y rediseñar el cambio que debe asumir en su rol para fomentar el desarrollo socio afectivo e intelectual de los niños a su cargo. Nunca puede pensarse que todos son iguales porque pertenecen a una determinada etapa de la vida, sino verlos como lo que son: niños que proceden de diferentes contextos, que tienen vivencias disímiles, que sus experiencias difieren y que por ende, son también diferentes.

El educador tiene que estar consciente de que su papel es educar a cada niño de manera especial, tiene que reconocer que cualquiera de ellos es más capaz de lo que él piensa o de lo que percibe a simple vista.

Tiene que descubrir lo positivo, lo bueno que hay en cada pequeño preescolar y comenzar desde allí su trabajo pedagógico. Ese es el camino idóneo, la manera más acertada de promover el desarrollo integral de cada niño.

Tiene que verlos como seres humanos con infinidad de posibilidades y verse a él mismo como la persona que aplica la Pedagogía en su escenario educativo para vencer la timidez de sus niños, para eliminar los hábitos nocivos, para enriquecer las vivencias que traen; para estimular integralmente su desarrollo a partir de lo que los caracteriza a cada uno.

Ante todo, tiene que hacer de esa Pedagogía un arma infalible para vencer la rutina, para darle un sentido más amplio a la vida de sus pequeños, para enfrentar los problemas que se le presentan dentro del grupo educativo y buscarles solución mediante un razonamiento profesional inteligente, por medio del cual indaga, explora y encuentra diversas alternativas (Si Víctor no aprende a pronunciar correctamente una palabra tan rápido y bien como Alex, utiliza con Víctor nuevas vías, otros recursos: un cuento, una canción, un juego didáctico)

Es decir, tratará de *enseñarlo como él aprende*, como una forma de parodiar las palabras de una pedagoga de Argentina.

De tal manera, el educador tiene que *“estar plenamente consciente de la heterogeneidad de su grupo clase, lo que constituye la primera dificultad y el primer problema científico que debe enfrentar: estudiar las particularidades de su grupo o sus grupos y las individualidades que lo conforman: sus necesidades, dificultades y potencialidades.”*²

El educador necesita conocer y comprender las diferencias para poder aceptarlas e intervenir oportuna y adecuadamente en cada caso. No es necesaria una educación estrictamente individualizada, sin embargo, son imprescindible métodos y procedimientos basados en la realidad del grupo y las diferencias presentes.

No se puede priorizar una sola cultura, un solo lenguaje; es necesario conocer y valorar los conocimientos y experiencias que los niños traen de su medio, de sus familias y amigos y estar atentos a las necesidades, motivaciones e intereses de cada uno. No se puede nivelar a todos, ni querer enseñar y educar a todos de la misma manera.

El educador debe aprender de manera continua. Esto es esencial. Ese aprender debe concentrarse en dos pilares: la propia persona del docente, como agente educativo, y la institución educacional, como lugar de crecimiento profesional permanente para todos.

La formación permanente depende del trabajo de cada educador. Más importante que formar es formarse; gran parte del conocimiento y de la formación es

² López Machín, Ramón “De la Pedagogía de los defectos a la pedagogía de las potencialidades. Nuevos conceptos en la Educación Especial” en Diagnóstico y diversidad, selección de lecturas. Ed. Pueblo y Educación, 2002, p 23

autoformación, autodidactismo, por eso la práctica pedagógica incluye al individuo con sus singularidades, diferencias, virtudes y carencias.

El desarrollo personal y profesional depende mucho del contexto en que ejercemos nuestra actividad. Todo educador debe ver su centro de trabajo, no solo como el lugar donde educa, enseña, sino también donde aprende.

La actualización y la producción de nuevas prácticas de educación y desarrollo surgen y se consolidan, a partir de la reflexión compartida con sus compañeros, de manera de que puedan cumplir el rol educativo y desarrollador que les corresponde en esta tarea.

Para cumplir este rol tendrá en cuenta que:

- a) Es un orientador y guía del desarrollo, y que su meta es promover la propia actividad del niño.
- b) Con este propósito, proporcionará materiales, propondrá actividades y creará situaciones para que el niño seleccione lo que desea hacer.
- c) Deberá estimular al niño para que planee lo que va a hacer y cómo va a hacerlo (sobre la base de objetivos que previamente se ha planteado realizar)
- d) Preparará el escenario para las experiencias mediante preguntas y sugerencias.
- e) El niño deberá descubrir las relaciones esenciales por sí mismo, sin tener que imponer sus ideas o concepciones, o plantear él la relación esencial.
- f) No dará respuestas o soluciones, sino alternativas para que los niños seleccionen y elijan cómo hacer.

- g) Deberá estimular a que los niños hablen de sus conocimientos, de lo que hacen y cómo lo hacen, para que sean conscientes de la relación esencial.
- h) Responderá aquellas cuestiones que los niños directamente le preguntan, y procurará revertir el procedimiento (como un método muy eficaz) para que estos encuentren por sí solos la respuesta.
- i) Brindará niveles de ayuda cuando los niños resultan incapaces de resolver por sí mismos las situaciones, o los procedimientos metodológicos cotidianos no aportan la solución.
- j) Trabajaré conjuntamente con el niño cuando hay dificultades en la solución del problema, activando su zona de desarrollo potencial.

Como se aprecia, la médula de esta labor es el trabajo conjunto del educador y el niño, quien no aprenderá por su libre albedrío ni de manera aleatoria, sino mediante un proceso en el que de forma activa realiza su propio proceso de desarrollo y educación, que en su base está dirigido, orientado y estimulado por el educador.

La influencia pedagógica debe, por tanto, considerar el nivel de desarrollo actual, real del niño en cada edad y valorar sus perspectivas ulteriores así como las posibilidades de avance próximo, en correspondencia con las características de cada educando.

Solo así logrará el educador los objetivos que se proponen en la Educación Preescolar, solo así desarrollará personalidades plenas, felices, creativas, afectuosas, inteligentes, solidarias. En fin, armónicas e integralmente desarrolladas.

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ ARIAS BEATÓN, GUILLERMO. Lo biológico y lo sociocultural en la conformación de lo psíquico en el ser humano. II Encuentro Internacional de Educación Inicial y Preescolar. Cuba.
- ✓ COLECTIVO DE AUTORES. Carrera Licenciatura en Educación Preescolar. Documentos normativos. MINED 2003.
- ✓ COLECTIVO DE AUTORES. Diagnóstico y diversidad. Selección de lecturas. Pueblo y Educación, 2002
- ✓ FRANCO GARCÍA, OLGA. Tesis de Maestría. Modelo alternativo para el diseño del Modelo del Profesional del educador preescolar. CELEP. 1999
- ✓ LÓPEZ HURTADO, JOSEFINA. Consideraciones generales acerca del desarrollo infantil. Material en formato electrónico. CELEP. Cuba.
- ✓ PESTALOZZI, J. E. Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. – México: Ed. Porrúa, S.A, 1986.